EL CLUB DE TEATRO DE LA ENCJA

CONFIÁ EN TU CORAZÓN

La leyenda del Cerro de las Candilejas

MATÍAS MARTÍNEZ

EL CLUB DE TEATRO DE LA ENCJA

Confiá en tu Corazón

La leyenda del Cerro de las Candilejas

Matías Martínez

Una narrativa fantástica inspirada en el origen del Festival de Teatro "Tras Bambalinas y Candilejas" — San Fernando del Valle de Catamarca

A quienes se animan a subir al escenario

aunque el corazón les tiemble un poco.

Índice

Prólogo — El viento que cuenta historias

Capítulo 1 — El cerro que miraba al valle

Capítulo 2 — Amaru, Azul y Coty

Capítulo 3 — Los jueves del club

Capítulo 4 — La rectora Ludovica

Capítulo 5 — El silencio en el patio

Capítulo 6 — El duende que envidiaba las risas

Capítulo 7 — El plan clandestino

Capítulo 8 — Bajo la luna nueva

Capítulo 9 — La voz corre por el valle

Capítulo 10 — La noche de las Candilejas

Capítulo 11 — La furia de piedra

Capítulo 12 — El espejo de la laguna del cerro

Capítulo 13 — El reflejo verdadero

Capítulo 14 — El cerro despierta

Capítulo 15 — Los primeros festejos

Capítulo 16 — Tras bambalinas y candilejas

Capítulo 17 — Años después

Epílogo — Confiá en tu corazón

Personajes de esta leyenda

Amaru

El dramaturgo del grupo. Pelo enrulado, risa contagiosa y un cuaderno siempre lleno de diálogos y finales sorpresa.

Azul

La vestuarista. Ojos color aguaribay y manos capaces de transformar dos retazos de tela en un disfraz de cóndor.

Coty

La escritora silenciosa del trío. Mirada profunda, versos como hilos de plata, y la valentía justa cuando más se la necesita.

La rectora Ludovica

Nueva autoridad de la Vieja Escuela del Cerro. De joven fue actriz; hoy prohíbe el teatro sin saber muy bien por qué.

El Duende del Silencio

Espíritu solitario de la sierra del Ambato. No soporta las risas, y hace mucho tiempo le susurró una promesa envenenada a Ludovica.

Los Centinelas de Algarrobo

Cuatro guardianes tallados en madera —zorro, cóndor, llama y serpiente— que cuidan la imaginación de la escuela.

PRÓLOGO

El viento que cuenta historias

Escuchá, che, acercate un poco, que esto no es un cuento de cualquiera. Es de esos que el viento zonda trae bajando desde el Ambato, cuando roza los cardones y se enreda en las calles empedradas de San Fernando del Valle de Catamarca. Dicen los abuelos que, si prestás bien atención en las noches de luna llena, todavía se escucha el eco de tres risas jóvenes mezclándose con el crujido de una cortina de terciopelo.

No hace falta que sea de noche para sentirlo, en realidad. A veces alcanza con caminar despacio por el centro, cerca de la plaza, y quedarse mirando la sierra un rato largo. Ahí, entre el violeta de los cerros y el naranja del atardecer, algo se mueve. Algo que quiere ser contado.

Esta es la historia de cómo nació, hace ya muchísimos años, la fiesta que hoy conocemos como el Festival de Teatro "Tras Bambalinas y Candilejas". Pero antes de que existiera el nombre, existió el cerro. Y antes del cerro, existió un secreto guardado por tres chicos que se animaron a soñar cuando nadie más se animaba.

Es una historia de risas prohibidas, de vestuarios cosidos a escondidas, de un espejo capaz de mostrar la verdad, y de un corazón que aprendió, tarde pero a tiempo, a confiar otra vez en sí mismo.

Así que acomodate, envolvete en la manta si hace frío, y confiá en tu corazón: porque ahí, justamente ahí, va a empezar todo.

CAPÍTULO 1

El cerro que miraba al valle

En lo alto de una loma pedregosa, donde el sol catamarqueño pega primero y se despide último, se alzaba una escuela distinta a todas. No tenía el gris aburrido de los edificios comunes: sus paredes eran de adobe dorado, gruesas como abrazos, y su tejado de tejas coloradas brillaba al atardecer como si alguien hubiera derramado fuego sobre el techo.

La gente del valle la llamaba simplemente "la Vieja Escuela del Cerro", y contaban que sus cimientos habían sido bendecidos por los primeros maestros normalistas que llegaron a fundar la educación en estas tierras, allá cuando San Fernando del Valle todavía olía más a algarrobo que a asfalto.

Desde sus ventanas se veía todo el valle: las calles serpenteando entre casas bajas, la plaza con sus tipas

frondosas dando sombra a los bancos de siempre, el río asomando como una cinta plateada, y más allá, la sierra del Ambato dibujando su lomo violeta contra el cielo, cambiando de color según la hora, como si respirara.

Pero lo que de verdad hacía única a esta escuela eran sus cuatro guardianes. A cada lado del portón principal, tallados en algarrobo negro por manos de santeros catamarqueños que ya nadie recordaba, se erguían cuatro figuras: un zorro, un cóndor, una llama y una serpiente, cada una del tamaño de una persona, con los ojos hechos de piedra laja pulida hasta brillar como si tuvieran luz propia.

Se decía que esas cuatro figuras —los Centinelas de Algarrobo— habían sido talladas con un propósito preciso, susurrado de generación en generación: cuidar que la imaginación jamás se apagara entre esas paredes. Mientras los Centinelas siguieran de pie, el teatro, la

música y los cuentos tendrían siempre un hogar en el cerro.

Durante generaciones, esa escuela había sido cuna de comedias, de zapateos, de voces que se alzaban en el escenario improvisado del patio central, entre guirnaldas de papel y aplausos de familias enteras. Hasta que llegó ella.

CAPÍTULO 2

Amaru, Azul y Coty

Entre los alumnos de la Vieja Escuela del Cerro había tres amigos que el destino parecía haber cosido con el mismo hilo.

Amaru tenía el pelo enrulado y rebelde, como si cada rulo guardara una idea distinta. Su cuaderno nunca estaba lleno de apuntes de matemática, sino de diálogos, chistes y finales sorpresa que anotaba en cualquier momento, hasta en medio de una clase de historia. Cuando hablaba de teatro, sus manos dibujaban escenas enteras en el aire, y su risa —dicen quienes lo conocieron— espantaba a la tristeza de cualquier rincón donde se metiera.

Azul tenía los ojos color aguaribay y una habilidad asombrosa: con dos retazos de tela vieja y una aguja, era capaz de transformar a cualquier compañero en

rey, en bruja, en cóndor o en estrella. Su morral siempre tintineaba con botones, hilos de colores y pedacitos de espejo que después cosía como lentejuelas. Decía que cada disfraz tenía que contar, aunque fuera calladito, una parte de la historia de quien lo llevaba puesto.

Coty, la más callada de los tres, tenía la mirada profunda de quien piensa antes de hablar. Escribía historias enteras en servilletas, en el margen de los libros, en la tierra del patio con un palito que después borraba el viento. Cuando leía en voz alta lo que había escrito, hasta los pájaros del alero parecían quedarse quietos para escuchar.

Los tres se habían conocido dos años atrás en el club de teatro de la escuela, un rincón pequeño detrás del patio donde, todos los jueves después de la última hora, se juntaban a inventar mundos con lo que

hubiera a mano: sillas viejas, sábanas, una linterna prestada.

Y soñaban —como sueñan los que aman algo de verdad— con llenar cada rincón de la Vieja Escuela con la magia de actuar. No querían ser famosos ni salir en la tele: querían, simplemente, que nadie más tuviera que guardarse las ganas de subirse a un escenario.

CAPÍTULO 3

Los jueves del club

Antes de que todo cambiara, los jueves eran sagrados. Apenas sonaba el timbre de salida, Amaru, Azul y Coty corrían al fondo del patio, donde una puerta de madera despintada llevaba a lo que ellos llamaban "el club": una habitación angosta, llena de cajas con disfraces heredados de generaciones anteriores de alumnos, un escenario de tablas desparejas y una cortina roja que Azul remendaba cada vez que se rompía un poco más.

Ahí adentro no importaba si afuera hacía frío o si al día siguiente había prueba de matemática. Ahí adentro, un chico tímido de primer año podía convertirse en pirata, un abuelo jubilado que pasaba a saludar podía terminar haciendo de rey, y hasta la profesora de biología, alguna vez, se prestó a hacer de bruja en una obra sobre plantas medicinales.

El profesor Benicio, encargado del club desde hacía años, solía decir que el teatro era "el único lugar de la escuela donde equivocarse también servía para algo". Y tenía razón: cuando a Amaru se le olvidaba una línea, inventaba otra mejor. Cuando a un disfraz de Azul se le caía una manga, la función seguía igual, con una manga menos y una risa más.

Los sábados por la tarde, muchas veces, hacían pequeñas funciones abiertas al barrio. Venían chicos de otras escuelas, vecinos jubilados, algún que otro turista despistado que subía al cerro buscando la vista y se quedaba de casualidad para el segundo acto. Todos coincidían en algo: en la Vieja Escuela del Cerro, el teatro no era un lujo. Era, de alguna manera, parte del aire que se respiraba.

CAPÍTULO 4

La rectora Ludovica

Pero un día de marzo, sin aviso, llegó a dirigir la escuela una mujer de porte firme y voz como piedra fría: la rectora Ludovica.

Nadie supo bien cuándo había cambiado. Los más viejos del barrio contaban, en voz baja, que de joven Ludovica había sido la actriz más brillante que había pisado el escenario del patio central, capaz de hacer llorar y reír a un público entero en la misma tarde, con solo un gesto de sus manos. Pero algo se había apagado en ella, hacía ya mucho tiempo, y de aquella actriz solo quedaba el eco, como una foto vieja que se va poniendo amarilla.

Su primera semana como rectora fue de recorridas silenciosas por los pasillos, anotando cosas en una libreta negra. Su segunda semana, de reuniones a

puertas cerradas. Y en la tercera semana, un cartel apareció clavado en la puerta del club, con letras tan derechas que parecían dolerle a la madera: "Queda prohibida toda actividad teatral en el establecimiento".

El club de teatro fue clausurado con un candado grande y oxidado que el profesor Benicio miró durante un largo rato sin decir nada. El patio central, donde antes se armaban escenarios de cartón y sueños cada sábado, quedó en silencio, con la cortina roja de Azul asomando apenas por debajo de la puerta cerrada, como una lengua de fuego que se negaba a apagarse del todo.

—El teatro es una pérdida de tiempo —decía Ludovica, con la mirada fija y sin brillo, cada vez que algún alumno se animaba a preguntar por qué—. Acá se viene a estudiar, no a fingir ser lo que no se es.

Amaru, Azul y Coty sintieron que algo se apagaba también en ellos. Pero, como vas a ver, los corazones

que de verdad aman algo no se apagan tan fácil, aunque a veces necesiten un empujoncito para volver a encenderse.

CAPÍTULO 5

El silencio en el patio

Las semanas que siguieron fueron raras, de esas que se sienten más largas de lo que en realidad son. El recreo, antes lleno de chicos ensayando parlamentos entre mordisco y mordisco de sándwich, ahora era apenas fútbol y charlas sobre el celular. Nadie se animaba a mencionar la palabra "teatro" cerca de la dirección.

Amaru dejó de llevar el cuaderno de diálogos a la escuela: le daba miedo que se lo confiscaran. Azul guardó la aguja y el morral de retazos en el fondo de un cajón. Coty seguía escribiendo, pero ya no en voz alta: sus historias se quedaban dobladas dentro de los libros, como pajaritos con las alas escondidas.

Hasta los Centinelas de Algarrobo, dicen quienes pasaban seguido por el portón, parecían haber perdido un poco de su brillo. Sus ojos de piedra laja, siempre

atentos, ahora parecían apagados, como si también ellos extrañaran el bullicio de las tardes de ensayo.

Una tarde, sentados los tres sobre el borde del muro que miraba al valle, Azul rompió el silencio que llevaban acumulando hacía rato.

—Esto no puede quedar así —dijo, mientras arrancaba distraída una brizna de pasto—. No podemos dejar que el club se muera solo porque a ella se le ocurrió que reír es perder el tiempo.

Amaru y Coty se miraron. Y en esa mirada, sin decir una palabra más, los tres supieron que algo tenía que empezar a moverse.

CAPÍTULO 6

El duende que envidiaba las risas

Lo que nadie en la escuela sabía —y esto sí que es parte del secreto— era que la dureza de Ludovica no había nacido sola en su pecho. Cuentan los que conocen las leyendas del cerro que, en las profundidades de la sierra del Ambato, vive un duende viejo y solitario llamado el Duende del Silencio.

Este duende no soporta las risas, ni los aplausos, ni el bullicio feliz de la gente disfrutando junta. Cada carcajada que escucha le duele como una espina clavada, porque él, hace siglos, perdió su propia voz en una tormenta de piedra que bajó del Ambato una noche sin luna, y desde entonces solo conoce el silencio, y en el silencio se acostumbró a vivir.

Una noche de tormenta, muchos años atrás, el Duende había encontrado a la joven Ludovica

llorando sola tras el escenario, después de que el público entero se riera —sin querer lastimarla, apenas por sorpresa— de un tropezón en plena función. La vergüenza de esa risa se le había clavado tan hondo como para hacerle olvidar todas las risas buenas que había cosechado antes.

El duende, que confunde su propio dolor con sabiduría, se le acercó entre las sombras de las bambalinas y le susurró al oído una promesa envenenada: "El silencio no lastima. Cerrá tu corazón, y nunca más vas a sufrir".

Y así, poco a poco, sin que ella misma lo notara del todo, el corazón de Ludovica se fue cubriendo de una capa de piedra fría, como esas piedras laja que brillan en la sierra pero no dejan pasar la luz. Se alejó de los escenarios, cambió la actuación por los papeles y los reglamentos, y con los años llegó a convencerse de que el silencio, después de todo, era lo más seguro.

Nunca imaginó que un día terminaría dirigiendo, justamente, la escuela donde alguna vez había sido más feliz que nunca.

CAPÍTULO 7

El plan clandestino

—No podemos dejar que el teatro se muera acá adentro —dijo Amaru una tarde, sentado sobre el candado oxidado del club, como quien se sienta sobre una injusticia y necesita sentir su peso para animarse a hacer algo.

Azul sacó de su morral un pedacito de tela roja y lo hizo girar entre los dedos, pensando, mientras Coty, en silencio, ya había abierto su cuaderno y estaba escribiendo algo con la letra apretada de quien tiene una idea antes de terminar de pensarla del todo.

—Un festival —dijo finalmente Coty, levantando la vista—. Uno secreto. Una sola noche. Le devolvemos la voz a este cerro, aunque sea por unas horas.

Así nació el plan: prepararían, a escondidas, una función clandestina. La harían una noche sin luna, para

que nadie desde la ciudad notara las luces del cerro. Correría la voz solo entre quienes de verdad amaban el teatro: los alumnos del club, algunos vecinos del barrio, la señora del kiosco de la esquina que siempre les fiaba las alfajores cuando andaban cortos de plata.

Amaru se puso a escribir comedias capaces de hacer temblar las paredes de risa: una sobre un cóndor que le tenía miedo a las alturas, otra sobre dos vecinos que se peleaban por un limonero. Azul rescató telas viejas de un ropero olvidado en el fondo del club y les dio vida nueva: alas de cóndor con plumas de papel crepé, coronas hechas de alambre y espejitos, capas que brillaban como el cielo de Catamarca en octubre, cuando el sol pega distinto.

Y Coty escribió los versos que unirían cada escena, palabras que —como hilos de plata— iban tejiendo un sueño colectivo entre comedia y comedia, para que el público no solo se riera, sino que también sintiera,

aunque fuera por un ratito, que estaba participando de algo importante.

CAPÍTULO 8

Bajo la luna nueva

Los ensayos se hacían de noche, en el fondo del patio, con la única luz de unas velas escondidas dentro de latas viejas perforadas con un clavo, para que la luz se filtrara apenas, como estrellas caídas, y nadie las viera desde la calle. Los Centinelas de Algarrobo, inmóviles junto al portón, parecían observar todo con sus ojos de piedra laja, como si aprobaran en silencio la travesura.

Cada alumno que se sumaba al secreto traía algo: quién un tambor, quién una guitarra desafinada pero llena de ganas, quién simplemente su voz para hacer de coro, quién un par de manos firmes para sostener telones improvisados hechos con sábanas teñidas. El club de teatro, que parecía haber muerto tras el candado, latía de nuevo, aunque nadie pudiera verlo desde afuera.

Amaru dirigía los ensayos con la energía de quien no puede quedarse quieto, corrigiendo entradas, inventando chistes nuevos sobre la marcha. Azul cosía hasta que se le cansaban los dedos, probando cada disfraz a la luz de las velas para asegurarse de que, aunque fuera de noche, se vieran brillantes. Coty, sentada en un rincón, anotaba cada cambio, cada línea nueva, cuidando que la historia entera tuviera sentido de principio a fin.

Una noche, mientras ensayaban la escena final, Coty se quedó mirando fijo hacia el sótano de la escuela, un lugar húmedo y oscuro al que casi nadie bajaba, ni siquiera el personal de limpieza.

—Ahí abajo hay algo —dijo, con esa voz suya que parecía leer el aire—. Lo sentí la semana pasada, cuando fui a buscar las sillas viejas para el ensayo. Como una luz que no se ve, pero que uno sabe que está.

Nadie le dio demasiada importancia esa noche: había demasiado que preparar, demasiadas líneas que ensayar. Pero como vas a ver, Coty tenía razón, y ese "algo" iba a ser la clave de todo lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 9

La voz corre por el valle

El secreto, como suele pasar con los secretos buenos, empezó a correr de boca en boca. La señora del kiosco le contó a su hija, que le contó a su vecina, que le contó al carpintero de la otra cuadra, que terminó ofreciendo, sin que nadie se lo pidiera, unas tablas extra para reforzar el escenario.

El profesor Benicio, que seguía guardando en su corazón la llave del club aunque el candado nuevo no le sirviera de nada, se enteró también, y una tarde dejó, como al pasar, una caja con velas y fósforos apoyada detrás del portón, sin decir una palabra a nadie.

Poco a poco, sin carteles ni anuncios, medio barrio del cerro empezó a esperar esa noche sin luna con una mezcla de nervios y alegría contenida. Algunos vecinos guardaban mantas para sentarse en el patio. Otros, sin

saber bien por qué, se ponían su ropa más linda "por si acaso", como quien intuye que va a pasar algo que merece la pena recordarse.

Y así, sin que Ludovica se enterara de nada, la Vieja Escuela del Cerro empezó a latir de nuevo desde adentro, como esos ríos que corren bajo tierra y que uno solo nota cuando, de golpe, la superficie se llena de flores.

CAPÍTULO 10

La noche de las Candilejas

Por fin llegó la noche elegida. El patio central de la Vieja Escuela del Cerro, iluminado apenas por decenas de velas dentro de latas perforadas, parecía un cielo caído a la tierra, con cada lucecita temblando como una estrella nerviosa. La gente llegaba de a poco, en silencio, casi de puntitas, como quien entra a un lugar sagrado.

Amaru salió primero al escenario improvisado, con una capa hecha de retazos que Azul había cosido esa misma tarde, todavía con olor a tela nueva. Su comedia sobre un cóndor que no sabía volar hizo estallar de risa a los presentes, y las carcajadas subieron hacia la sierra como si quisieran despertarla del todo.

Después llegó el turno de la obra de Azul, que además de vestuarista se animó, por primera vez, a

actuar: una escena muda, solo con gestos y telas de colores, sobre una tejedora que curaba con hilos las tristezas del pueblo. El público, encantado, siguió cada movimiento de sus manos como quien sigue el vuelo de un pájaro.

Y finalmente llegó el turno de la obra de Coty: una historia sobre una laguna escondida que guardaba los sueños de quienes se atrevían a mirarla de verdad. Los espectadores, sentados sobre mantas y cajones de fruta prestados por el almacén, se quedaron tan quietos como los propios Centinelas de Algarrobo, atentos a cada palabra.

Todo era magia. Todo era esa clase de felicidad que solo se siente cuando muchos corazones laten juntos por lo mismo, en el mismo lugar, a la misma hora, bajo el mismo cielo sin luna.

Hasta que el portón se abrió de golpe.

CAPÍTULO 11

La furia de piedra

En el marco del portón, con la luz de las velas temblando sobre su rostro, apareció la rectora Ludovica. Sus ojos, siempre fríos, ahora ardían de una furia distinta, como si algo dentro de ella luchara contra sí mismo sin poder decidirse.

—¡Esto se termina ahora mismo! —gritó, y su voz rebotó entre los Centinelas de Algarrobo, que por primera vez en años parecieron temblar apenas, como si sintieran el eco de una vieja tristeza que también les pertenecía a ellos.

Los actores se quedaron paralizados en el escenario. Azul dejó caer una corona de alambre que hizo un ruido metálico y triste en el silencio repentino que se hizo entre el público. Amaru dio un paso adelante, buscando defender a sus compañeros, pero por

primera vez en su vida no encontró palabras: ni un chiste, ni una línea, nada.

Ludovica avanzó hacia ellos entre las velas, y por un instante pareció que toda la alegría de esa noche iba a apagarse de golpe, igual que se apaga una vela entre dos dedos, dejando solo un hilito de humo.

Algunos vecinos se pusieron de pie, dispuestos a hablar en defensa de los chicos. Pero fue en ese momento, con el corazón latiéndole tan fuerte que casi le dolía, que Coty recordó lo que había sentido en el sótano semanas atrás.

CAPÍTULO 12

El espejo de la laguna del cerro

Semanas atrás, buscando sillas viejas entre las telarañas del sótano para los ensayos, Coty había encontrado un objeto envuelto en un poncho gastado, escondido en el fondo de un baúl que nadie parecía haber abierto en años: un espejo redondo, de marco tallado con las mismas figuras que los Centinelas de Algarrobo —zorro, cóndor, llama y serpiente— entrelazadas como si contaran, en silencio, una historia propia.

Lo había guardado sin saber muy bien por qué, envuelto de nuevo en el mismo poncho, escondido entre las cajas de vestuario, como si algo le dijera que un día iba a necesitarlo. Cuentan las leyendas del valle que ese espejo había sido tallado con agua de una laguna escondida en lo más alto del Ambato, una laguna que no refleja el rostro de las personas, sino la

verdad que llevan adentro, por más honda que esté enterrada.

Ahora, con el corazón latiéndole fuerte, Coty se abrió paso entre bambalinas hasta llegar a su morral escondido detrás de un telón, y sacó el espejo, todavía envuelto. Sus manos temblaban, pero sus pies no dudaron ni un segundo.

Se paró frente a Ludovica, temblando pero decidida, y levantó el espejo justo cuando la rectora, arrastrada por años de silencio impuesto, estaba por gritar otra vez.

—Mírese, señora Ludovica —dijo Coty, con una voz que ya no era la de una nena asustada, sino la de alguien que confiaba en su corazón—. Mire de verdad. Aunque le duela.

CAPÍTULO 13

El reflejo verdadero

Los ojos de Ludovica se encontraron con su propio reflejo. Pero no vio su rostro de piedra fría: vio a la joven actriz que había sido, riendo bajo estas mismas luces, muchos años atrás, con el pelo suelto y las manos llenas de tierra de tanto ensayar al aire libre. Vio el tropezón que la había hecho llorar. Vio al Duende del Silencio susurrándole aquella promesa envenenada entre las sombras de las bambalinas. Y vio, por fin, todo lo que había perdido escondiéndose detrás de esa dureza que había confundido, durante años, con protección.

Un quejido antiguo, como de viento atrapado entre rocas, se escuchó venir desde la sierra del Ambato: era el Duende del Silencio, que sentía cómo su hechizo se rompía pedazo a pedazo, como el hielo cuando por fin llega octubre.

Ludovica cayó de rodillas, no convertida en piedra como cuentan algunas versiones apuradas de esta historia, sino todo lo contrario: quebrándose por dentro, dejando salir de golpe todo lo que había guardado durante tanto tiempo. Las lágrimas que no se había permitido en años le corrieron por las mejillas, y por primera vez desde que había llegado a la escuela, su rostro dejó de parecer de piedra.

—Perdón —dijo apenas, con la voz quebrada, mirando a los chicos y después al público entero—. Me olvidé de confiar en mi propio corazón. Y cuando uno se olvida de eso, termina apagando lo mismo que más lo hizo feliz alguna vez.

Amaru y Azul se acercaron despacio y la ayudaron a levantarse, sin rencor, como quien ayuda a levantarse a alguien que se cayó en el mismo camino que uno también recorrió alguna vez. Y esa noche, por primera

vez en mucho tiempo, todo el patio vio sonreír a la rectora Ludovica.

CAPÍTULO 14

El cerro despierta

Lo que siguió fue una alegría que nadie en San Fernando del Valle de Catamarca olvidaría jamás. Los vecinos que se habían quedado esa noche corrieron a abrazar a los actores, unos llorando de la emoción, otros riendo todavía de los chistes del cóndor miedoso de Amaru. Los Centinelas de Algarrobo, dicen los que aseguran haberlo visto, sonrieron apenas bajo la luz de las velas, como si después de tantos años volvieran a cumplir su verdadero propósito.

Ludovica, con el espejo todavía entre las manos, temblando un poco, levantó el candado oxidado del club de teatro y lo abrió sin necesidad de llave, como si el metal mismo hubiera decidido rendirse ante la alegría que flotaba en el aire esa noche.

—Desde hoy —anunció, con la voz todavía temblorosa pero ya tibia, muy distinta a la de semanas atrás—, esta escuela va a tener las puertas del teatro abiertas para siempre. Y quiero pedirles, a los tres que se animaron a soñar en secreto cuando yo no los dejaba soñar despiertos, que me ayuden a construir algo más grande.

Amaru, Azul y Coty se miraron, sin poder creer del todo lo que estaba pasando. El viento que bajaba del Ambato, esa noche, sonaba distinto: sonaba a fiesta, a promesa cumplida, a algo que recién empezaba.

CAPÍTULO 15

Los primeros festejos

Las semanas que siguieron fueron un torbellino lindo de trabajo. Ludovica, con una energía que sorprendió a todo el mundo, empezó a golpear puertas por el barrio buscando ayuda: telas donadas, maderas para agrandar el escenario, sillas prestadas por la parroquia de la esquina.

El profesor Benicio, feliz de volver a ver el club lleno de vida, se sumó a organizar los horarios, y hasta consiguió que la escuela destinara un aula vacía para guardar el vestuario que Azul, con la ayuda de nuevas voluntarias, no paraba de crear.

Amaru empezó a escribir una obra más larga, pensada especialmente para una función abierta a toda la ciudad, no solo al barrio del cerro. Y Coty, que hasta entonces solo había mostrado sus historias en

susurros, aceptó por primera vez leer un cuento suyo frente a un curso entero, con la voz apenas temblorosa al principio y firme hacia el final.

El patio central volvió a llenarse de guirnaldas de papel, de ensayos a la salida de clases, de risas que ya no había que esconder detrás de ninguna puerta. Y los Centinelas de Algarrobo, otra vez brillantes, parecían vigilar cada tarde con una paz distinta a la de antes: ya no cuidaban un secreto a punto de apagarse, sino una alegría que, esta vez, había llegado para quedarse.

CAPÍTULO 16

Tras bambalinas y candilejas

Con el tiempo, la Vieja Escuela del Cerro se transformó en un lugar de encuentro para todo el valle: un espacio cultural donde chicos y grandes de San Fernando del Valle de Catamarca podían aprender, ensayar y soñar con las tablas, sin importar la edad ni la experiencia.

Y cada año, cuando el aire empieza a oler a jarilla florecida y las noches se vuelven tibias, se celebra en su honor una fiesta enorme, abierta a toda la ciudad: el Festival de Teatro "Tras Bambalinas y Candilejas". Su nombre, dicen los que conocen bien esta historia, no fue elegido al azar: "tras bambalinas" por todo lo que se preparó a escondidas, entre retazos de tela y ensayos nocturnos; "candilejas" por esas velitas dentro de latas que iluminaron la primera noche de coraje, sin las cuales nada de esto habría empezado.

Ludovica, dicen quienes la conocieron en sus últimos años al frente de la escuela, jamás volvió a prohibir una risa. Al contrario: cada apertura del festival la encontraba en primera fila, con el mismo espejo de marco tallado apoyado a su lado, como quien guarda cerca un recordatorio de lo importante.

Todavía hoy, si vas a San Fernando del Valle de Catamarca y te acercás al pie del cerro, vas a poder ver —tallados en algarrobo, vigilando con sus ojos de piedra laja— a los cuatro Centinelas: el zorro, el cóndor, la llama y la serpiente. Y si prestás bien atención, capaz hasta escuches, mezclada con el viento, una risa que suena parecida a la de Amaru, o unas puntadas invisibles que podrían ser de Azul, o unos versos susurrados que bien podrían ser de Coty.

CAPÍTULO 17

Años después

Pasaron los años, y el valle cambió como cambian los valles: crecieron nuevas calles, nuevas casas, nuevas escuelas. Pero el cerro y su vieja escuela siguieron ahí, firmes, con sus paredes de adobe dorado y sus cuatro Centinelas custodiando el portón, ahora rodeados de murales pintados por generaciones de alumnos que jamás se olvidaron de esta historia.

Hoy, cualquier chico o chica de San Fernando del Valle de Catamarca que se sume a un club de teatro escolar, que cosa un disfraz para una obra de fin de año, o que se anime a leer un cuento propio en voz alta frente a sus compañeros, está —sin saberlo casi siempre— continuando lo que empezaron Amaru, Azul y Coty aquella noche sin luna.

Y cada vez que, en algún patio de alguna escuela del valle, se arma un escenario con lo que hay a mano —sábanas, sillas, una linterna prestada— y alguien se anima a subir aunque le tiemblen las piernas, ahí, de alguna manera, sigue viva la leyenda del Cerro de las Candilejas.

Porque las buenas leyendas, como bien sabía Coty, no se quedan quietas en un libro: se siguen escribiendo, función tras función, entre bambalinas y candilejas, cada vez que alguien decide confiar en su corazón.

EPÍLOGO

Confiá en tu corazón

Esta vieja leyenda catamarqueña se cuenta, generación tras generación, entre bambalinas y candilejas, para recordarnos algo simple pero enorme: cuando el miedo nos paraliza y la vida se pone difícil, lo mejor que podemos hacer es confiar en nuestro corazón.

Porque ahí, en lo más profundo de cada uno —como en el fondo de esa laguna escondida en el Ambato— vive la verdadera magia: la fuerza capaz de transformar el silencio en aplausos, la piedra en risa, y los sueños clandestinos en fiestas que se celebran, con orgullo, a la luz del sol y de las candilejas.

No hace falta un espejo mágico para animarse a mirar hacia adentro. Alcanza, muchas veces, con un amigo que insista, con una idea que no deja de dar

vueltas, con las ganas de subir a un escenario aunque el corazón lata fuerte del miedo.

Así que la próxima vez que te toque subir a un escenario, o simplemente enfrentar algo nuevo en la vida de todos los días, acordate de esta historia. Y como decían Amaru, Azul y Coty cada vez que se tomaban de las manos antes de salir a actuar: confiá en tu corazón.

Sobre esta leyenda

Esta narrativa es una obra de ficción, escrita para acompañar y celebrar el espíritu del Festival de Teatro "Tras Bambalinas y Candilejas", que cada año reúne en San Fernando del Valle de Catamarca a chicos y chicas que se animan a subir a un escenario.

Amaru, Azul, Coty, la rectora Ludovica, los Centinelas de Algarrobo y el Duende del Silencio son personajes inventados. Pero el corazón de esta historia —el de tres amigos que se animaron a soñar, aunque les prohibieran hacerlo— es tan real como cada club de teatro escolar que sigue encendiendo sus propias candilejas, función tras función.

El Club de Teatro de la ENCJA es depositario de una rica trayectoria artística y educativa construida a lo largo de generaciones.

A través de los años, grandes docentes asumieron su dirección con compromiso, pasión y vocación, dejando una huella profunda en los estudiantes y contribuyendo a consolidar una identidad teatral propia.

Sus escenarios fueron también el punto de partida para numerosos jóvenes que encontraron en el teatro una vocación y continuaron sus caminos vinculados a las artes escénicas. Por ello, el Club se ha convertido en un verdadero semillero de talentos, donde cada ensayo, cada obra y cada encuentro forma parte de una historia colectiva.

Este proyecto busca honrar a quienes hicieron crecer al Club y, al mismo tiempo, abrir el escenario a las nuevas generaciones.

Porque la historia del Club no se mide solamente por las obras representadas, sino por las personas que ayudó a formar, las vocaciones que despertó y los talentos que impulsó.

Hoy, la historia continúa.

EL CLUB DE
TEATRO
DE LA ENCJA